



EL ÚLTIMO OSO



EL ÚLTIMO OSO

HANNAH GOLD



Ilustrado por Levi Pinfold

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones



*A mis padres, al planeta
y a todos los osos polares*

Título original: *The Last Bear*

Maquetación: Endoradisseny

© 2021, del texto, Hannah Gold

© 2021, de las ilustraciones del interior y de la cubierta, Levi Pinfeld

© 2022, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Traducido gracias al acuerdo con Harper Collins Publishers Ltd.

El autor hace valer los derechos morales que lo reconocen como el autor de este libro.

Primera edición: enero de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

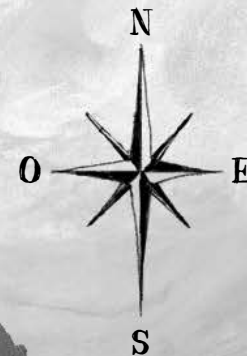
Galeradas impresas en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

LONGYEARBYEN,
SVALBARD
428 km

BAHÍA
DE LA
MORSA

CUEVA
DEL OSO



ACANTILADOS
ESCARPADOS

ROCAS
GIGANTES

LAGO CON
FORMA DE
CORAZÓN

CABAÑA Y
ESTACIÓN
METEOROLÓGICA

ISLA
DEL OSO

TROMSØ,
NORUEGA
534 km

PUNTO DE
LLEGADA





CAPÍTULO UNO

La carta

APRIL WOOD SE ENCONTRÓ cara a cara con el oso polar exactamente tres semanas después de llegar a la Isla del Oso. Pero antes de eso, claro, tuvo que llegar hasta allí, en un viaje que comenzó cuatro meses atrás.

Hasta ese momento, la vida de April había sido bastante normal, aunque ella era la primera en reconocer

que era una «normalidad rara». Su padre era científico en una universidad cercana y dedicaba todo su tiempo a investigar los ciclos meteorológicos. El hombre, al igual que el clima, llegaba y se iba de casa a las horas más impredecibles; podía entrar a las once de la noche o salir cuando ella llegaba a casa del cole. Trabajaba algunos fines de semana y después tenía tres días libres. Pero incluso entonces se encerraba en su estudio y hundía la cara en viejos libros polvorientos, escritos con una letra tan pequeña que los ojos dolían al leerlos. Cuando April le llevaba la tetera o la cena, él negaba con la cabeza, se quitaba las gafas y la miraba con curiosidad, como si se le hubiese olvidado del todo que tenía una hija. «Oh —le decía—, gracias... April». Y volvía a bajar la cabeza y mordía la punta del bolígrafo mientras ella se iba y cerraba la puerta del estudio en silencio.

April tenía apenas cuatro años cuando su madre murió, y cada vez que pensaba en ella era como recordar un precioso día de verano que había vivido una vez. Su padre no había vuelto a casarse, y se notaba en la casa.

El edificio era alto y estrecho, y tenía un aspecto ligeramente infeliz; dentro parecía que siempre hiciera frío. Todo tenía una fina capa de polvo, y se respiraba la horrible sensación de que faltaba algo, aunque April nunca supo definir aquel sentimiento.

Pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín trasero, donde vivía una familia de zorros urbanos entre los arbustos crecidos y descuidados. Estaba fascinada con uno en particular, al que llamó Braveheart porque una vez casi la había dejado darle de comer unas fresas de la mano. El tiempo que pasaba en el jardín parecía volar, y solo se veía interrumpido por el colegio. A April no le gustaba el colegio, o quizá fuera ella la que no gustaba a las niñas del colegio. No sabía si se debía a que olía a zorro o a que se cortaba el pelo con unas tijeras de jardín. Fuese como fuese, no le importaba demasiado: prefería los animales a los humanos. Eran más amables.

Y entonces llegó la carta.

April estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, comiéndose un bol de cereales, mientras que en

la otra punta de la sala su padre sostenía una tostada que goteaba mermelada sobre el periódico. Era finales de noviembre, y April corrió a la puerta cuando el paquete aterrizó con un ruido sordo sobre la esterilla de la entrada. ¿Sería una felicitación de Navidad de la abuela Apples? No solo le gustaban sus tarjetas sino que además era su abuela preferida porque olía a postres calientes y repletos de azúcar y además vivía a la orilla del mar.

Pero no se trataba de una felicitación de Navidad, sino que era un gran y grueso sobre con sellos de Noruega y que tenía escrito en texto de tampón ASUNTOS GUBERNAMENTALES OFICIALES.

Lo dejó al lado de la tostada de su padre, y este lo cogió sin mirar. Cuando iba a pegarle un mordisco se detuvo y, al ver lo que era, puso una mirada rara, como si alguien lo hubiese hechizado.

—¿Qué es? —le preguntó la niña.

—Nos vamos al Círculo Polar Ártico —respondió él mientras leía y parpadeaba rápidamente—. Me han dado el trabajo. La verdad es que no creía que fuera a



conseguirlo; pensaba que escogerían a alguien del lugar. Pero se ve que mi estudio sobre la atmósfera terrestre los hizo decidirse. Es una estación meteorológica en una pequeña isla a más o menos un día de viaje en barco desde la costa de Noruega.

April dio unos saltitos antes de responder:

—¿Qué clase de isla? ¿Cuánta gente vive allí?

—Ah. —Él la miró como disculpándose—. No es esa clase de isla. La verdad es que... no va a haber nadie más que nosotros dos.

—¿Solo nosotros dos? —A la niña la invadió una extraña sensación, como un pequeño cosquilleo—. ¿Vamos a estar solos en una isla?

Él se inclinó hacia delante en su silla.

—Piensa en las aventuras que vamos a vivir. Seremos como el capitán Scott pero en el Ártico. La isla no se parece en nada al paisaje de aquí; tiene lagos interiores, montañas, arroyos. Imagínatelo, April. Es el último territorio inexplorado. No habrá coches, trenes ni aviones, ¡ni siquiera carreteras! Será naturaleza pura, nunca visitada.

No hizo falta que dijese más, a ella el corazón ya le latía a toda velocidad. No solo estarían en el Círculo Polar Ártico sino que iban a pasar un montón de tiempo juntos, solo ellos dos. Podrían hacer muchas cosas, como crear muñecos de nieve, tirarse en trineo por la montaña y...

—Por supuesto, el trabajo que haré allí será muy importante —añadió el padre con su cara más seria, y a ella las tripas se le revolvieron ligerísimamente.

—¿Qué vas a hacer?

—El gobierno noruego quiere tener una idea más precisa de cómo afecta el calentamiento global a la región ártica, así que voy a recopilar datos durante un período de seis meses.

April sabía mucho sobre el derretimiento de los polos. Al igual que la caza del zorro, era una de esas cuestiones que la indignaban y la hacían sentirse inútil a la vez.

—¿Y qué hay del colegio? —preguntó.

—April —dijo él, inclinándose hacia delante—, seis meses en el Ártico te van a enseñar más que seis años en la escuela.

Ella volvió a mirarlo. Le brillaban los ojos y en las pálidas mejillas tenía dos manchas de color rosado. Le volvió el pequeño cosquilleo.

—¿Cuándo nos vamos?

Por supuesto, hubo quienes no se emocionaron tanto. La abuela Apples llamaba por teléfono al menos tres veces al día para recordarles lo imprudentes que estaban siendo. ¿Qué pasaba con las gélidas temperaturas, las olas altas como rascacielos, las morsas asesinas de afilados colmillos que había visto en uno de esos documentales de David Attenborough, o de los peligros de vivir en una isla que no tenía ni hospital ni policía ni nadie que pudiera ayudarlos si estaban en peligro?

No era adecuado para una niña de once años, dijo, especialmente para una tan sensible como April y que gracias a su padre ya era «demasiado silvestre». ¿Cómo podía pensar él que llevársela a una isla desierta, en la que ni siquiera hacía sol, iba a ser conveniente para la niña?

Pero el padre era muy tozudo cuando quería, así que hacía como que no escuchaba.

—¡Por Dios, Edmund! —le gritaba ella, frustrada—. ¡Se llama Isla del Oso! ¿Y si se la comen?

Aunque su hijo intentó asegurarle de que no había osos en la Isla del Oso, la abuela Apples tampoco lo escuchó a él.

—April, si alguna vez ves un oso polar —le dijo—, acuérdate de echarte a CORRER.

Y así, el 1 de abril iniciaron el primer tramo de su viaje. Iban a volar hasta Oslo, cogerían otro avión hasta un pueblecito llamado Tromsø y desde allí irían en barco hasta la Isla del Oso. Cuando el avión despegó y dirigió su morro al norte, April apretó la cara contra la ventanilla y observó cómo iba desapareciendo su casa.

Era cierto: se iban al Círculo Polar Ártico.



CAPÍTULO DOS

La Isla del Oso

—¿SABES QUE TU PADRE es un irresponsable?

A April la sobresaltó el ruido repentino, que le hizo darse un golpe contra la barandilla metálica. La gaviota a la que había estado dando de comer migas de galleta de la mano se fue volando con un chillido de indignación.



A su lado había un chico al que había visto antes lanzando insultos a voz en grito en el puerto de Tromsø, mientras subía la colección completa de las obras de Mozart y un tocadiscos al ligeramente herrumbroso car-

guero noruego que, según vieron, iba a ser el que los llevaría hasta la Isla del Oso. Era el hijo del capitán y debía de tener dos o tres años más que ella. De cerca olía a salmuera y aceite de motor y a algo más que no reconoció. Pero, claro, desde que habían salido todo había sido diferente, más agreste y vacío, así que a lo mejor aquel olor no tenía nada de raro.

Aun así, sus palabras seguían siendo inaceptables y, desde luego, no merecían respuesta. Y no solo eso, sino que el sándwich de mantequilla de cacahuete que ella se había comido hacía un rato estaba peligrosamente a punto de volverle a salir por la boca.

—Yo de ti me tumbaría —le recomendó él, y señaló hacia un banco recogido en la proa—. Te ayudará con el mareo.

April miró sin mucha convicción. El banco en cuestión era de madera y parecía muy duro. Pero, tras otra violenta sacudida, decidió ir a recostarse en él, de forma que solo veía el cielo. Al menos allí estaba a resguardo del fuerte viento que le había estado azotando el rostro

hasta dejárselo rojo y pelado. Esperaba que el chico se esfumase, pero este se sentó en silencio en una punta y se dedicó a limpiarse la mugre de las uñas.

—No es un irresponsable —dijo ella cuando por fin su estómago pareció calmarse un poco—. Es un científico.

—Peor aún —replicó el chico, volviéndose a mirarla.

—Mi padre dice que la estación meteorológica de la isla ha estado siempre ocupada, desde 1918.

—Sí, pero no por una... niña.

—No sé por qué tienes que decir «niña» con ese tono. —Abril se sentó, indignada—. Que no sea un chico no quiere decir que sea débil. ¡Una vez trepé hasta arriba del castaño de nuestro jardín para rescatar al gato del vecino!

El chico no dijo nada, pero soltó una gran carcajada y abrió los brazos como para abarcar la inmensidad del cielo estrellado, la violencia de los mares y la sensación de que ya no estaban en el planeta Tierra.

—¿Qué sabes de esta parte del mundo? —le preguntó

cuando acabó de reírse—. ¿Has estado alguna vez tan al norte?

—Sé que eres un maleducado —contestó April—. Y sé que, en tu lugar, yo intentaría ser mucho más útil a la hora de informar a alguien de lo que le espera. Además, lo desconocido no me da ningún miedo.

El chico suavizó su expresión.

—Tör —dijo, ofreciéndole la mano—. Perdona. Mi padre y yo pasamos tanto tiempo en el mar que nos olvidamos de comportarnos como seres humanos.

—Yo soy April. April Wood. —Aceptó su mano. Tenía el tacto de una cuerda vieja, pero a la vez le resultó reconfortante. Era una mano capaz de sacarla de algún buen lío—. ¿Es peligroso? —preguntó, bajando la voz.

—Es salvaje —respondió Tör—. Todo lo salvaje es peligroso.

—Pero no hay osos polares, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Hace años que no. ¿Por qué pones cara triste? Los osos polares no son amistosos. No son mascotas. Se co-

men vivas a las niñas como tú. —April hizo como que miraba al mar en vez de a aquella tonta sonrisa—. Por cierto, no sé cómo has hecho eso con la gaviota.

—¿Hacer qué? —April se volvió de nuevo para mirarlo.

—Cómo conseguiste que comiera de tu mano.

—No tiene nada de especial —dijo ella, molesta—. He aprendido a hacer que los animales sepan que no deben tenerme miedo.

Tör alzó una ceja, pero algo en su rostro invitaba a April a seguir conversando.

—Se trata de saber escucharlos —explicó ella, señalándose el corazón—. Aquí.

—Eres diferente —afirmó él.

—¿Entonces no soy solo una niña?

Tör sonrió tan ampliamente que April no pudo evitar hacer lo propio.

—Cuando estés en la isla no podrás irte. Lo sabes, ¿verdad? —dijo él, bajando la voz—. Al menos hasta que nosotros volvamos a recogeros al cabo de seis meses.

April tuvo la sensación de que había algo más. Sabía cómo disfrazar lo que de verdad quería decir, sobre todo con su padre, y tenía un sexto sentido para detectar cuando otra persona hacía lo mismo. Esperó a que Tör se lo dijera, porque, fuese lo que fuese, prefería saberlo. Pero él acabó sacándose un lápiz muy gastado de la chaqueta y un sobre del bolsillo del pantalón, y escribió su teléfono en el dorso.

—La Isla del Oso es peligrosa. Ten cuidado, April Wood —le dijo—. Y si me necesitas para cualquier cosa, llama a este número.

Ella no se imaginaba para qué podría necesitarlo, pero por si acaso se guardó el sobre en su abrigo. Después contempló cómo su nuevo amigo volvía con la tripulación, que con sus fuertes brazos, sus manos ajadas por el clima y sus rostros estoicos hacían que en comparación el padre de April pareciera hecho de pergamino. Desde que habían salido del puerto él se había encerrado en su camarote, rodeado de libros, preparándose para su nuevo trabajo. Como ella sabía que no quería que lo molestara,

y dado que el camarote olía a pescado, volvió a tumbarse en el banco y se quedó dormida.

—¡Tierra a la vista! —El grito resonó por todo el barco como la campana de una iglesia que anuncia un matrimonio—. ¡Tierra a la vista!

April se incorporó, aún aturdida por sus sueños, y tuvo que parpadear dos veces para asegurarse de lo que veía. Ante ella se encontraba Tör, con un trozo de pan en la mano abierta y mirando al cielo con la misma expresión de esperanza que había puesto ella durante su primer día en el colegio; algo la hizo acercarse más a él.

—Tienes que mostrarte menos tenso y dejar de contener el aliento.

—¿Así? —dijo él, relajando los hombros y dejando caer los brazos.

—Tiene que salirte más de dentro —le instruyó April—. Como si estuvieras hecho de agua, tranquilo, amable. Así, relajado. Ahora quieto. La tienes justo encima de ti. No te muevas y...

—¡Tör! —gritó el capitán desde el otro lado de la cubierta, y la gaviota soltó un chillido mientras salía disparada hacia el cielo.

April, vergonzosa, dio un paso atrás. No sabía qué pensar del capitán, que no se parecía a nadie que ella conociera.

—Espero que no estés molestando a nuestros invitados —dijo él, y dirigió una mirada curiosa al trozo de pan que tenía el chico en la mano—. Necesitamos tu ayuda en la proa.

Tör dejó caer el pan y salió corriendo, mientras April contenía el aliento al ver cómo el capitán la observaba de arriba abajo. Había algo de fiero en el rostro del hombre, como si estuviera tan acostumbrado a los duros mares del norte que hubiese olvidado dónde acababa él mismo y dónde comenzaban ellos. Por una vez, April se alegró de su altura, que la hacía casi invisible.

El hombre se alejó sin decir una palabra más, y ella soltó un largo bufido de alivio.

A su alrededor, la cubierta estaba en plena actividad.

La tripulación era rápida y eficiente. No vio a Tör; su padre, en cambio, resultaba inconfundible: estaba inclinado sobre la barandilla de proa con su chaqueta de pana y sus pantalones bien planchados, ignorando la gélida temperatura y contemplando maravillado el horizonte. Se le acercó y notó, incluso más que el olor del mar, el de los caramelos de anís que chupaba siempre.

—¿Papá?

—¡Hemos llegado, April, hemos llegado! —exclamó él, sin apartar la vista—. Lo hemos conseguido. —Señaló algo, pero ella no veía más allá de la espuma del mar, las olas de un color metálico como el de las armas de fuego y la sensación de que estaban entrando en una parte prohibida del universo—. ¿No es preciosa?

La isla apareció por fin a la vista de la niña, igual que cuando ajustaba las lentes de los prismáticos y de repente todo aparecía claro y enfocado.

—La Isla del Oso —añadió, en voz baja, admirada y fascinada.



CAPÍTULO TRES

El regalo del tiempo

—**A**QUÍ ESTAMOS —dijo el padre de April en la playa azotada por el viento, rodeado de cajas y maletas, mirando a su alrededor—. ¿Qué te parece?

A ella los labios le sabían a agua de mar y tenía copos de nieve en las cejas. La isla estaba envuelta en una espesa niebla húmeda que hacía casi imposible ver lo que

les rodeaba. Pero nada de eso era suficiente como para detener el pulso eléctrico que recorría sus venas.

Lo habían conseguido. Estaban de verdad en el Círculo Polar Ártico.

Era como si hubiese cruzado alguna especie de barrera invisible en la tierra. En comparación con los parques, los arbustos y los fértiles y verdes campos de casa, aquí estaba desnuda y desierta, y las oscuras malas hierbas que asomaban por entre la nieve eran el único indicio de vida. Apenas distinguía al otro lado de la isla tres altas montañas de granito y unos cielos que eran como una escalera que ascendía hasta el espacio.

Pero más que nada hacía frío. Ese frío que se te mete por dentro de la ropa, te hace temblar desde dentro y ansiar una bolsa de agua caliente.

—¿Y bien? —insistió su padre.

April cogió la caja más cercana, levantó la cabeza al cielo y sacó la lengua para capturar algún copo.

—¡Vamos a ver!

Con la ayuda de un trineo manual, dedicaron las dos

horas siguientes a transportar sus pertenencias unos pocos kilómetros tierra adentro hasta llegar a su nuevo hogar, que consistía en dos cabañas de madera, una para dormir y otra, más grande, en la que su padre llevaría a cabo sus investigaciones meteorológicas.



Eran como todos los edificios noruegos que habían visto, con tejados en punta, listones de madera pintada y un aire de cuento mágico de hadas. Lo único que estropeaba la escena era el rechoncho generador que iba a darles la electricidad.

La cabaña destinada a la vivienda tenía un solo piso y una puerta exterior que daba a un pequeño porche donde podían librarse de los abrigos, de las bufandas y del helado y amargo aire exterior, y otra puerta interior que daba a una sala de techo alto arqueado, una chimenea y dos sofás gastados. En un rincón había una estrecha biblioteca con un puñado de libros y un teléfono por satélite que solo podían usar en caso de emergencia. En el rincón opuesto había una pequeña cocina americana que daba a una despensa con estanterías repletas de comida enlatada y provisiones para seis meses.

A lo largo de la sala también había restos esparcidos de los anteriores habitantes. Un cenicero con una colilla. Un solitario guante rojo. Papeles y un bolígrafo abandonado.

Pero fue el mapa de la isla, pegado a la pared con chinchetas, lo que de verdad llamó la atención a April. En un atlas, la Isla del Oso no sería más que un puntito en algún lugar entre Noruega y un archipiélago de islas cerca del Polo Norte llamado Svalbard (aunque la Isla del Oso formaba parte técnicamente del grupo, estaba tan lejos del resto que parecían dos lugares diferentes). Era tan pequeña que, de no saber que estaba allí, ni siquiera se vería. April lo entendió enseguida: a ella también acostumbraban a no verla.

Aunque ya las sabía, se acercó a leer las dimensiones del terreno. La isla medía unos dieciocho kilómetros desde su punto más al norte hasta el más al sur, y unos quince de anchura. La parte norte era montañosa, pero la sur era casi toda una planicie. Una cruz de color rojo marcaba la posición de la estación meteorológica. Había un montón de cuevas, playas, lagos interiores y, claro, las tres montañas que ya había atisbado. Tenía seis meses para investigarlo y descubrirlo todo. Aunque fuese verdad que no había osos polares, sí encontraría zorros

árticos, miles de pájaros marinos desconocidos y quizá hasta ballenas en migración. Pero lo mejor de todo seguía siendo poder pasar tiempo con su padre.

—¡Papá, mira cuántas cosas podemos hacer juntos! —dijo, casi sin aliento—. ¿Podemos llevar mañana el trieno a las montañas?

Se dio la vuelta, creyendo que él seguía en la sala, pero allí no había nada excepto el eco de su propia voz. Intentó ignorar su decepción y miró por la ventana. Lo vio entrar en la cabaña meteorológica y cerrar la puerta.

Soltó un largo bufido y su aliento cálido empañó el cristal. Apenas era el primer día, se dijo a sí misma terca-mente; era importante que él se aclimatara. No había de qué preocuparse, tenían seis largos meses por delante y el verano entero para pasarlo juntos. Limpió la ventana, se encogió de hombros y decidió empezar a deshacer las maletas.

Al cabo de una hora estaba medio dormida en el sofá y no oyó a su padre hasta tenerlo justo enfrente, soltando

un profundo carraspeo. Abrió los ojos y vio que él la miraba, pensativo.

—¡Papá!

Él se pasó una mano por el descuidado pelo, carraspeó un par de veces más y al final le puso en las manos un regalo cuidadosamente envuelto.

No fue una gran sorpresa; tenía la costumbre de dárselos en los momentos más inesperados. Aquello casi compensaba, aunque no del todo, el hecho de que nunca se acordara de su cumpleaños. Ella abrió la caja y dejó al descubierto un fino reloj de plata, del color de la luz de la luna.

—Ya lo sé... —dijo él, eligiendo con cuidado las palabras—, ya sé que aquí solo estamos nosotros dos, y también sé que esta no es una situación habitual, y que quizá la mayoría de gente no estaría de acuerdo con ella; tu abuela la primera.

April se apenó al recordar las lágrimas en el aeropuerto.

—Pero un lugar como este estará lleno de maravillas.

Hace siglos que hay gente que se siente atraída hacia esta parte del mundo. Algunos vienen en nombre de la ciencia, otros en el del descubrimiento, y otros por razones que ni ellos mismos comprenden. —Tragó saliva un par de veces, y se mostró de repente con un aspecto tan delgado y frágil como uno de sus libros—. Quizá sea por eso que he venido yo también, a encontrar algo que perdí hace tiempo.

Cuando encontró las siguientes palabras, la voz pareció agrietársele.

—*Friluftsliv* —dijo, mientras April lo miraba confusa—. El inglés es un idioma muy práctico, pero a veces le faltan recursos para describir ciertas experiencias... o a cierta gente. Esta es una palabra noruega que significa disfrutar de la naturaleza; literalmente, «la vida al aire libre». —Relajó un poco su expresión—. Y esta palabra me recuerda a ti, a cómo pasabas tanto tiempo en el jardín. A veces te miraba por la ventana del despacho y... y juro que veía a tu madre.

April asintió, con el aire atrapado en algún lugar del

pecho. No tenía ni idea de que su padre la mirase a veces; aquello hizo que el estómago se le pusiera a dar volteretas.

—A ella también le gustaban los animales, sobre todo los salvajes. Sentía una extraña afinidad con ellos —continuó él—. Decía que sabían hablar, era solo que los humanos habían olvidado escucharlos. Tu madre era así... diferente a los demás. Lo que intento decirte es que le hubiera encantado venir a un lugar como este. El reloj era suyo, y he pensado que así ella también podrá vivir la experiencia.

—*Friluftsliv* —repitió April en voz baja. La palabra sonaba a bosques encantados, a criaturas como las sirenas y a cosas etéreas y mágicas.

Los recuerdos que tenía la niña de su madre eran muy dispersos. Sí la recordaba preparando chocolate caliente con una tetera de un color rojo muy vivo, y que los tres se sentaban en el borde de la cama de April y se lo tomaban con galletas de vainilla servidas en platos de papel recortados para que parecieran margaritas. Era cuando

la casa estaba llena de risas, no de tristeza, y su padre se acordaba de darle un beso de buenas noches. En vez de contarle cuentos para dormir, se turnaban para hablarle de los diferentes animales que hay en el mundo: las hordas de elefantes que rugen en la sabana africana, los raros tigres siberianos que viven en las montañas de Asia, los majestuosos pingüinos emperadores que se apiñan para sobrevivir a los largos y glaciales inviernos del Antártico, y otros tan poco habituales y extraños —como el pangolín— que tiene todo el cuerpo cubierto de escamas, que resultaba difícil no pensar que se los estaban inventando. Cubierta por el suave brillo de las voces de sus padres, April se quedaba dormida sonriendo y soñaba con las muchas maravillas de la Tierra.

Últimamente él apenas le hablaba de su madre, y mucho menos le contaba nada al irse a dormir, por lo que el regalo del reloj fue como si le hubiese dado un cálido abrazo en el corazón.

—*Friluftsliv* —repitió una vez más, y notó que de repente se le había cerrado la garganta.

No fue hasta un momento más tarde que se le ocurrió mirar la hora.

Eran las once de la noche.

Alzó la vista, pero su padre ya se había retirado a su dormitorio, y oyó cómo comenzaba a sonar la grabación de un vals lento de Mozart. Era parte de la música que había sonado en su boda, y April no acababa de saber si el hecho de oírlo lo alegraba un poco o no.

Sin nada que hacer, fue hasta su propia habitación y abrió la ventana; el fuerte y helado azote del aire del exterior hizo que le dolieran los pulmones. Su padre le había dicho que allí la temperatura casi nunca subía de los cero grados, incluso en pleno verano, y ella se alegró de que se hubieran traído tanta ropa. La niebla se había aclarado lo suficiente como para permitir observar el cielo azul, lleno de estrellas, y April parpadeó, sorprendida. Aunque el sol tocaba ya el horizonte, fuera estaba tan claro como al mediodía, sin que la puesta de sol tuviera el menor efecto. Mientras el disco de Mozart parecía lamentarse en la habitación de al lado, un suspi-

ro de satisfacción escapó de sus labios. A pesar de lo largo que había sido el día y lo mucho que habían viajado, no se sentía cansada. De hecho, la barriga le burbujeaba con la impaciencia típica de la Nochebuena. Lo que de verdad le apetecía era salir.

Posó los ojos en las lejanas montañas, en el mar embravecido a su izquierda y en la llanura cubierta de nieve que se extendía ante ella. Entonces algo la sobresaltó. En el horizonte, recortado contra el sol, algo se movió. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, tan rápido que casi se lo perdió. Algo grande que avanzaba a grandes pasos y totalmente inesperado.

¿No sería...?

Volvió a parpadear. Fuese lo que fuese, ya no estaba.

Pero April hubiera jurado que acababa de ver un oso polar.



CAPÍTULO CUATRO

Exploración

—SALGO A EXPLORAR —anunció April.

Dado que era su primer día entero allí, había estado esperando casi toda la mañana a que su padre le propusiera una excursión o alguna aventura. Pero, llegada la hora de comer, se cansó de no hacer nada. Se puso las botas de agua, el gorro rojo y los guantes, y fue a verlo.